

demas ejercicios penitenciales. Aprovechan mucho en la doctrina cristiana y tienen mucha afición á las cosas que son de nuestra santa fe católica, y las aprenden mas presto y mejor que los hijos de los españoles, para honra y gloria de Dios nuestro Señor, el cual sea bendito en los siglos de los siglos. Amen. De nuestro convento de Tlalmanalco, cerca de la gran ciudad de México, de la custodia del Santo Evangelio, á doce dias del mes de Junio del año del Señor, mil y quinientos y treinta y uno.

CAPÍTULO XVI.

De la memoria que del santo Fr. Martin hay en el pueblo de Amaquemeca, y de la veneracion en que son tenidas sus reliquias.

Memoria que se tiene en Amaquemeca del santo Fr. Martin de Valencia.

LA célebre memoria que del santo Fr. Martin de Valencia se tiene hoy dia en el pueblo de Amaquemeca, demanda que de ella se haga particular capítulo y mencion. Para lo cual es de saber, que este pueblo llamado Amaquemeca cae diez ó doce leguas de México al oriente, en la halda de un altísimo volcan de fuego, que frecuentemente echa por una boca que en lo alto tiene, humaradas ó nubes espesísimas de humo y ceniza. Era este pueblo (segun el gobierno antiguo de los indios en su infidelidad) de la provincia de Tlalmanalco, donde el varon de Dios Fr. Martin de Valencia tuvo su principal habitacion en vida, y donde estuvo sepultado su cuerpo mas de treinta años despues de su muerte. Y no solo aquello (que no está mas de dos leguas bien pequeñas de Tlalmanalco), sino mucho mas tenían á la sazón á su cargo y de visita los frailes nuestros que allí residían. Y despues de ya cristianos y doctrinados los indios, fundaron su monesterio en Amaquemeca los padres de la órden de Santo Domingo. Tiene Amaquemeca al un cabo de su poblacion, entre el poniente y mediodía, un cerro cuasi de la forma piramidal del volcan, bien prolongado en altura, gracioso y acompañado de alguna arboleda, de cuya cumbre se señorea y goza toda aquella comarca, que es un valle muy fresco, situado (como dicho es) al pié del volcan, y entre sus montañas y en lo alto, á un lado del cerro, habiendo subido por él como cuarenta ó cincuenta estados, poco mas ó menos, está una cueva formada de naturaleza en la viva peña de hasta quince piés en ancho y algo mas en largo, y menos de alto, á manera de ermita, aparejada todo lo del mundo para convidar á su morada á los que tienen espíritu de vida solitaria. Y así este lugar era singular recreacion al espiritual siervo de Dios Fr. Martin de Valencia, y todo cuanto pudo lo frecuentó; tanto, que por

gozar de él, holgaba de morar en Tlalmanalco mas que en otro convento, y muy á menudo se iba allí, así por visitar y doctrinar los indios de aquel pueblo que estaban á su cargo, como recogerse y darse todo á Dios en aquella cueva, sin ruido de gentes y sin bullicio de negocios. Allí pasaba él con mucho rigor sus ayunos y cuarentenas; allí ejercitaba deveras sus acostumbradas penitencias; allí se le pasaban dias y noches en continua oracion y meditacion de la pasion de Cristo crucificado, mortificando su carne con diversos géneros de aficcion y castigo. Allí se cuenta que salía de la cueva á orar por las mañanas á una arboleda, y se ponía debajo de un árbol grande que allí estaba, y en poniéndose allí se hinchía el árbol de aves que le hacían graciosa armonía, que parecia le venían á ayudar á loar á su Criador. Y como él se partía de allí, las aves tambien se iban, y despues de su muerte nunca mas fueron allí vistas. Tambien se cuenta en su historia, que en aquel ermitorio le aparecieron al varon de Dios el padre S. Francisco y S. Antonio, y dejándolo en extremo consolado, le certificaron de parte de Dios que era hijo de salvacion. Los indios, que bien sabían en lo que el santo se ocupaba, estaban admirados de su austeridad, y recibían grandísima edificacion, y confirmaban en sus corazones la opinion que de su santidad tenían concebida por las demas virtudes que en él conocían y doctrina que les enseñaba, viendo que sus obras conformaban con las palabras de su predicacion evangélica muy á la letra, y no dudando ser santo y escogido de Dios. Cuando este bienaventurado falleció, pusieron á recado y guardaron con mucho cuidado la ropilla de su uso que pudieron haber, teniendo esta fe y devocion, que Nuestro Señor por intercesion de su siervo y mediante aquellas sus prendas, les haría mercedes y los socorreria en sus necesidades. Y han sido tan perseverantes en esta su devocion, que han tenido estas reliquias por espacio de cuasi cincuenta años encubiertas, traspasándolas de mano en mano en las grandes pestilencias que en esta Nueva España han corrido, sin dar parte de ellas ni á los religiosos de S. Francisco que los tenían á cargo cuando el santo falleció, ni á los de Santo Domingo que despues entraron en aquel pueblo, hasta el año de ochenta y cuatro que quiso Nuestro Señor se descubriesen y manifestasen á todos por la manera siguiente. Estaba á la sazón por vicario del monesterio de Amaquemeca un venerable padre que ha sido vicario provincial de la órden de los predicadores en esta Nueva España, llamado Fr. Juan Paez, muy especial devoto de Fr. Martin de Valencia, por la fama que

siempre ha volado de su santidad en estas regiones entre los religiosos de todas las órdenes, y seculares, así españoles como indios. Y por contemplacion de aquella cueva donde él se recogia á darse á Dios (que despues acá siempre ha tenido por nombre la cueva del santo Fr. Martin de Valencia), ha procurado este religioso de continuarse muchos años en aquella casa. Y en el dicho de ochenta y cuatro, tratando él en presencia de algunos indios que sirven en el monesterio, con fervor y celo de las cosas del varon de Dios Fr. Martin, y mostrando deseo de saber de su cuerpo y reliquias, uno de los indios que presentes estaban le descubrió despues en secreto cómo en el pueblo se guardaban muchos años habia algunas reliquias de aquel santo, y dióle noticia cómo y dónde las hallaria. Hizo luego inquisicion sobre ello, y sacadas por rastro, vino á hallar un cilicio de cerdas y una túnica muy áspera, que fueron del santo varon, y dos casullas pobres de lienzo de la tierra, con que solia decir misa. Hallóse muy rico Fr. Juan Paez con estas prendas, y no cabia de placer y contento. Dió luego aviso á su provincial de lo que pasaba: mandáronle que las llevase al convento de Santo Domingo de la ciudad de México. Llevólas, sacando partido que se las volviesen y no se quedasen con ellas. Viéronlas todos los frailes del convento, y besáronlas con devocion y reverencia. Volviólas el vicario al pueblo de Anequemeca, y púsolas con mucha veneracion en la sacristía de su convento. Y comenzando á publicarse la invencion de las reliquias, acudieron muchas personas devotas á pedir algo de ellas. Dióseles algunas particillas de la túnica y cilicio. Mas visto que si el negocio iba adelante se las llevarian todas, tomó por mejor acuerdo guardarlas, adornando para ello la cueva del cerro. Puso en un lado de ella un altar donde se dijese misa, y á otro lado una gran caja tumbada que se cierra y sirve de sepulcro de un Cristo de bulto devotísimo, que yace en ella tendido, y á los piés del Cristo se guardan en una cajuela con una redecilla de hierro la túnica y cilicio, de suerte que se pueden ver y no sacar fuera. Las casullas están á otro lado, sueltas, para mostrarse y poder ser vistas. Aunque la cueva tiene sus puertas y buena llave con que se cierra, hay de continuo indios por guardas en otra covezuela cerca de ella. Estos tañen á sus horas una campana que tienen en lo alto del cerro, cuando abajo tañen en el monesterio. Todos los viérnes sube un sacerdote á celebrar en la ermita en memoria de la pasion del Señor, venerada por el santo Fr. Martin en aquel devoto lugar con sus oraciones y lágrimas y ásperas penitencias. Es muy fre-

cuenta el concurso de los indios en todo tiempo, especial en aquel dia, y no menos de los comarcanos españoles y pasajeros, porque es camino real y muy cursado de los que van de la ciudad de México á la de los Ángeles, y de la de los Ángeles á México. Cuando se muestran las reliquias, es con mucha solemnidad. Sube el vicario con la compañía que se ofrece, tocan la campana, y júntase gente; encienden algunos cirios, demas de una lámpara de plata que cuelga de la peña en medio de la ermita, aunque de dia hay harta luz del cielo que entra por la puerta, y van cantado los cantores en canto de órgano algun motete lamentable de tiempo de pasion. Llega el vicario vestido con sobrepelliz y estola, abre la caja, y hecha oracion ante el sepulcro del Señor, enciensa al Cristo y despues á las reliquias, y muéstralas á los circunstantes. Hace esto con tanta devocion, que juntamente con la oportunidad del lugar, y la aspereza de aquellos vestidos, y la memoria del santo y de la penitencia que allí hizo, ablanda los duros corazones; de suerte que apenas entra hombre en aquella cueva, que no salga compungido y lleno de lágrimas.

CAPÍTULO XVII.

En que se contiene la vida de Fr. Juan de Tecto, uno de los tres primeros evangelizadores antes de los doce.

AUNQUE la vida del santo Fr. Martin de Valencia se ha puesto en el primer lugar de este libro, por haber sido el primero prelado que con autoridad apostólica y del general de la orden pasó á estas partes á predicar el santo Evangelio, es de saber que un año antes habian venido á esta Nueva España tres religiosos tambien franciscos, de nacion flamencos, que por haberlos traído el mesmo espíritu de la conversion de los infieles, y hecho en el caso su posible (como perfectos varones que eran y muy siervos de Dios), es justo se haga de ellos memoria (como de primeros en tiempo) antes que se escriban las vidas de los compañeros del santo Fr. Martin de Valencia. Y pasa en esta manera. Como por todos los reinos y provincias de la cristiandad se divulgase la fama de cómo el valeroso capitán D. Fernando Cortés con otros españoles sus compañeros habian descubierto y conquistado un nuevo mundo en la region que llamaron Indias, lleno de gente idólatra, y que deseaban ministros para los convertir á la fe, entre otros muchos religiosos de diversas

1523. naciones que ofrecieron sus deseos á Dios para emplearse en esta tan santa obra, fueron tres escogidos varones del convento de S. Francisco de la ciudad de Gante; es á saber: el guardian que á la sazón era del dicho convento, llamado Fr. Juan de Tecto, y dos súbditos suyos, el uno sacerdote, por nombre Fr. Juan de Aora, y el otro Fr. Pedro de Gante, lego. Solos estos tres religiosos hallaron ventura de cumplir sus deseos y pasar á esta Nueva España, antes que los doce, con sola licencia de su provincial y beneplácito del Emperador, el cual alcanzaron con favor de los caballeros y señores flamencos, que como criados y oficiales del Emperador, eran entonces poderosos en los reinos de España. Bien es verdad que el Emperador quisiera detener al Fr. Juan de Tecto para que no pasara acá, por ser su confesor, mas vencieronle sus ruegos y deseos, y así lo dejó pasar. Venidos, pues, á las Indias, comenzaron luego á aprender la lengua de los naturales, y á recoger algunos niños hijos de principales, en especial en Tezcuco, adonde hallaron acogida en casa del señor, que les dió un aposento, y holgaba que industria- sen á los de su casa y á otros niños que se allegaban, aunque todo era poco lo que hacían por no estar del todo la tierra asentada, ni tener ellos la autoridad que se requería para tratar con aquella gente, que quiere ser mandada con imperio. Y en México hicieron menos, por estar aquella ciudad recién destruida, aunque no dejaba de acudir allá Fr. Juan de Tecto, solicitando á algunos principales que le diesen sus hijos para los enseñar á leer y escribir. Y otro año siguiente, cuando llegaron los doce apostólicos varones, que fué el de mil y quinientos y veinte y cuatro, viendo que los templos de los ídolos aun se estaban en pié, y los indios usaban sus idolatrías y sacrificios, preguntaron á este padre Fr. Juan de Tecto y á sus compañeros, qué era lo que hacían y en qué entendían. Á lo cual el Fr. Juan de Tecto respondió: «Aprendemos la teología que de todo punto ignoró S. Augustin,» llamando teología á la lengua de los indios, y dándoles á entender el provecho grande que de saber la lengua de los naturales se había de sacar. Era este religioso varón doctísimo; tanto, que se afirma de él no haber pasado á estas partes otro que en ciencia se le igualase. Leyó la santa teología, antes que pasase á las Indias, catorce años en la universidad de Paris. Y el fin de sus días fué que saliendo de México D. Hernando Cortés (que despues fué marques del Valle) á conquistar las Hibueras, cerca de Honduras, en el año de mil y quinientos y veinte y cinco, llevó consigo á este siervo de Dios, porque no se hallaba sin

su santa compañía, y él gustó mucho de ello, porque no menos deseo tenía de convertir almas á Dios. Y sucedió que yendo el marques contra el capitán Narvaez,¹ que se le había alzado, faltaron los bastimentos de tal suerte, que mucha gente murió de hambre, y entre ellos el bendito Fr. Juan de Tecto; arrojándose á un árbol de pura flaqueza, dió allí el alma á Dios, que no fué pequeño género de martirio. Fué este religioso verdadero discípulo de Cristo, pues por su amor dejó la patria y su natural, dejó los deudos y parientes, dejó los amigos y conocidos, y finalmente, la honra del mundo y propia voluntad, pues renunciando la guardianía que tenía y negándose á sí mismo, tomó su cruz de penitencia y se fué en pos de él, y le siguió, mostrando el fuego de caridad que en su alma ardía, pues la puso á la muerte por sus amigos y prójimos, de cuya salvación tenía ferventísimo celo y andaba solícito y cuidadoso.

Vida de Fr. Juan de Aora, uno de los tres primeros.

FR. Juan de Aora, uno de los tres que (como dicho es) vinieron á esta Nueva España, año de mil y quinientos y veinte y tres, era natural de Flandes, y sacerdote honrado, ya viejo cano cuando vino. Estúvose con Fr. Pedro de Gante siempre en Tezcuco entendiendo en la doctrina y conversión de los naturales, hasta que fué servido el Señor de llevarlo para sí dentro de pocos días. Su cuerpo fué depositado en la misma casa del señor que los había acogido, en una capilla adonde por entonces decían misa, hasta que se edificó el convento que hoy permanece en la dicha ciudad de Tezcuco, con vocación del bienaventurado S. Antonio de Padua. Donde siendo guardian el siervo de Dios Fr. Toribio Motolinia, uno de los doce, lo trasladó del lugar donde primero estaba á la sobredicha iglesia.

Fr. Juan de Aora.

CAPÍTULO XVIII.

Vida de Fr. Pedro de Gante, uno de los tres primeros.

EL varón de Dios Fr. Pedro de Gante fué natural flamenco de la ciudad ó villa de Iguen, de la provincia dicha Budarda. El cual por huir los peligros del mundo y deleites de la carne con que el de-

Vida de Fr. Pedro de Gante.

¹ No fué Narvaez, sino Cristóbal de Olid el que se alzó.

1 Corinth. 15.

monio suele atraer y convidar á los mancebos al tiempo que les comienza á hervir la sangre, tomó en su juventud el yugo del Señor, recibiendo el hábito de religion del padre S. Francisco. Y aunque por su suficiencia pudiera ser del coro, no quiso sino ser lego, por su gran humildad. En la cual mudanza mostró bien ser varon de mucha caridad y maciza cristiandad. Morando en el convento de Gante y oyendo la nueva que por toda la tierra volaba, cómo D. Hernando Cortés habia descubierto y conquistado la tierra firme de la Nueva España, poblada y llena de gente bárbara y idólatra, movido con espíritu de Dios y salvacion de las almas, vino á ella en compañía de su mesmo guardian Fr. Juan de Tecto, y otro religioso, como arriba se dijo. Era Fr. Pedro de Gante muy ingenioso para todas las buenas artes y oficios provechosos á la humana y cristiana policía. Y así parece que lo proveyó Nuestro Señor en los principios de la conversion de estos indios, necesitados de semejante ayuda, para que los guiase y industriase no solo en las cosas espirituales de la salvacion de sus almas, mas tambien en las temporales de la humana industria, que á los rudos abren los ojos del entendimiento para entrar en las cosas del espíritu, conforme á lo que el apóstol dice: *Prius quod animale, deinde quod spirituale*. Fué el primero que en esta Nueva España enseñó á leer y escribir, cantar y tañer instrumentos musicales, y la doctrina cristiana, primeramente en Tezcuco á algunos hijos de principales, antes que viniesen los doce, y despues en México, donde residió cuasi toda su vida, salvo un poco de tiempo que fué morador en Tlascala. En México hizo edificar la suntuosa y solemne capilla de S. José, á las espaldas de la humilde y pequeña iglesia primera de S. Francisco, donde se juntan los indios para oír la palabra de Dios y los oficios divinos, y enseñarse en la doctrina cristiana los domingos y fiestas y recibir los santos sacramentos. Tambien hizo edificar la escuela de los niños, donde á los principios se enseñaron los hijos de los señores de toda la tierra, y ahora se enseñan los de la mesma ciudad de México. Y junto á la escuela ordenó que se hiciesen otros aposentos ó repartimientos de casas donde se enseñasen los indios á pintar, y allí se hacian las imágenes y retablos para los templos de toda la tierra. Hizo enseñar á otros en los oficios de cantería, carpintería, sastres, zapateros, herreros y los demas oficios mecánicos con que comenzaron los indios á aficionarse y ejercitarse en ellos. Tenia Fr. Pedro junto á la escuela una celda para recogerse á ratos entre día, y allí se daba á la oracion y leccion y á otros

ejercicios espirituales, y á ratos salia á ver lo que los indios hacian. Su principal cuidado era en que los niños saliesen enseñados, así en la doctrina cristiana, como en leer y escribir y cantar, y en las demas cosas en que los ejercitaba. Y por el consiguiente, que los adultos diesen cuenta de la doctrina y se juntasen todos los domingos y fiestas á oír misa y la palabra de Dios. Entendia en examinar los que se habian de casar, y aparejar los que se habian de confesar y los que habian de recibir el santísimo sacramento de la Eucaristía. Predicaba cuando no habia sacerdote que supiese la lengua de los indios, la cual él supo muy bien, puesto que era naturalmente tartamudo, que por maravilla los frailes le entendian, ni en la lengua mexicana los que la sabian, ni en la propria nuestra. Pero era cosa maravillosa que los indios le entendian en su lengua como si fuera uno de ellos. Compuso en ella una doctrina que anda impresa, bien copiosa y larga. Instituyóles las cofradías que tienen, y fué siempre aumentando el ornato del culto divino, así en tener buena copia de cantores y menestriales, como en ornamentos para celebrar los oficios divinos en la capilla de S. José, y en andas, cruces y ciriales para las procesiones, que no las debe de haber en tanto número en ninguna ciudad de la cristiandad. Edificó muchas iglesias, así en la ciudad de México como en otros pueblos de la comarca. En estas obras y otras semejantes se ocupó este siervo de Dios cincuenta años que vivió en esta tierra con grandísimo ejemplo y honestidad de su persona, y con una libertad apostólica, sin pretender otro interes mas que la gloria y honra de Dios y edificacion de las almas, mediante lo cual fueron sin número las que ganó para Cristo. Y á esta causa fué muy querido, como se vió muy claro en todo el discurso de su vida, y en que con ser fraile lego, y predicarles á los indios y confesarlos otros sacerdotes grandes siervos de Dios y prelados de la órden, al Fr. Pedro solo conocian por particular padre, y á él acudian con todos sus negocios, trabajos y necesidades, y así dependia de él principalmete el gobierno de los naturales de toda la ciudad de México y su comarca en lo espiritual y eclesiástico; tanto, que solia decir el segundo arzobispo Fr. Alonso de Montúfar, de la órden de los predicadores: «Yo no soy arzobispo de México, sino Fr. Pedro de Gante, lego de S. Francisco.» Y á la verdad el Fr. Pedro lo oviera sido si quisiera ordenarse sacerdote, porque el Emperador Carlos V, de gloriosa memoria, como era de su patria y tenia entera noticia de su persona y vida, lo estimaba en mucho, y (quieren decir) lo convidó con el arzobispado de Mé-

xico. Mostró muy tierno y singular amor á los indios naturales de esta tierra, y porque tuviesen suficiente doctrina, escribió algunas cartas á los religiosos flamencos de su nacion, exhortándolos á que viniesen á esta nueva tierra á cultivar la viña del Señor, que en aquellos tiempos estaba falta de obreros. Tenian los naturales tambien á este siervo de Dios mucho amor, en especial los de México, como lo mostraron claro volviendo Fr. Pedro de Gante de Tlascalca (adonde por la obediencia habia morado un poco de tiempo) para México, porque lo salieron á recibir en la laguna grande de Tezcuco con una hermosa flota de canoas, haciéndole una solemne fiesta, á manera de guerra naval, con sumo regocijo. Una india mexicana tenia por devocion vestir algunos frailes, y queriendo una vez ponerlo por obra, fué á tratar con un religioso llamado Fr. Melchior de Benavente, que en aquella sazón tenia cargo de los indios en la capilla de S. José. Y díjole: «Padre, yo quiero vestir cinco religiosos, y á ti con ellos, que todos sereis seis,» y fuélos nombrando por sus nombres, y entre ellos nombró al santo varon Fr. Pedro de Gante, que ya era difuncto. Á lo cual respondió Fr. Melchior de Benavente: «Hija, ¿no sabes que Fr. Pedro de Gante pasó ya de esta vida, y es difuncto?» Ella replicó: «Padre, yo doy en ofrenda un hábito á Fr. Pedro de Gante; dalo tú á quien quisieres.» Tanto era el amor que le tenian los naturales á este siervo de Dios aun despues de muerto. Trabajó mucho Fr. Pedro de Gante en esta viña de Cristo, especialmente en los principios, quebrantando muchos ídolos y destruyendo sus templos. Edificó mas de cien iglesias donde se invocase el Nombre del verdadero Dios. Fué tentadísimo del demonio para tornarse á Flandes y dejar tan alta empresa; mas con la ayuda del Señor venció la tentacion, y fué quebrado el lazo, y el siervo de Dios libre, segun él lo confesó en una carta que escribió á los padres de Flandes. Fué varon de mucha humildad, como lo mostró en que desechó y no hizo caso de tres licencias que le enviaron, sin procurarlas él ni saber de ellas, para ordenarse sacerdote. La primera, del Papa Paulo III. La segunda, del capítulo general celebrado en Roma siendo generalísimo de la orden Fr. Vicente Lunel, porque oyendo su fama los padres que allí se juntaron, les pareció que tal varon no habia de estar en estado de lego. La tercera, de un nuncio apostólico que estuvo en corte del César Carlos V, y sería por ventura á contemplacion del mesmo César, que (segun queda dicho) aun arzobispo lo quiso hacer. Mas todo esto tuvo el verdadero siervo de Cristo

Psal. 123.

por estiércol y vanidad, solo por ganar á Cristo, humilde, queriendo antes permanecer y quedar en su humilde y primera vocacion con que fué llamado al estado monástico. Murió año de mil y quinientos y setenta y dos, con cuya muerte sintieron los naturales grande dolor y pena, y en público la mostraron, porque demas de acudir á su enterramiento copiosísimo concurso de ellos con derramamiento de lágrimas, muchos de ellos se pusieron luto por él, como por verdadero padre que les habia faltado, y despues de haberle hecho muy solemnes exequias todos ellos en comun, se las hicieron en particular cada cofradía por sí, y cada pueblo y aldea de la comarca, y otras personas particulares con largas y abundantes ofrendas. Y hiciéronle tambien su cabo de año con mucha solemnidad. Fué tanto lo que ofrecieron por el siervo de Dios Fr. Pedro, que hinchieron el convento de S. Francisco de México aquel año de provision y vituallas. Pidieron su cuerpo los naturales á los prelados de la orden para sepultarlo en su solemne capilla de S. José. Concediéronselo, y tiénenlo allí el dia de hoy en mucha veneracion, y su figura sacada al natural de pincel, y cuasi en todos los principales pueblos de la Nueva España lo tienen pintado, juntamente con los doce primeros fundadores de esta provincia del Santo Evangelio.

1572.

CAPÍTULO XIX.

Vida de Fr. Francisco de Soto.

FR. Francisco de Soto fué el segundo de los doce primeros que vinieron á fundar esta provincia del Santo Evangelio. Salió para estas partes de la provincia de S. Gabriel, aunque habia tomado el hábito en la de Santiago. Era varon de juicio naturalmente muy claro, y de gran prudencia. En España habia sido guardian de Villalpando y Benavides, y en esta provincia lo fué despues de muchos conventos. Eligiéronlo muchas veces en difnidor, y fué cuarto provincial de esta provincia, los cuales oficios ejercitó el siervo de Dios con mucha loa y prudencia. Cuando fué provincial visitó la provincia siempre á pié y descalzo. Hizo el oficio de predicador apostólico excelentísimamente, predicando la fe de Cristo con mucho fervor de espíritu entre los españoles y indios, aunque por haber venido ya anciano, no supo mucha lengua mexicana. Celaba como otro Finés la honra de Dios, y muy en particular la observancia

De Fr. Francisco de Soto.

Num. 25.